

Como «uno de los más memorables y acabados Bildungsroman de la historia de la literatura en lengua rusa», y ya es decir dada la extensión y calidad de la escritura en este idioma, presenta la contracubierta de la edición de Ardicia –soberbia, como de costumbre, la ilustración de portada- 'La infancia de Nikita' de Alexéi Tolstói (1883-1945), personaje harto singular: en la solapa se recuerda, entre otros avatares, que su fidelidad a las ideas revolucionarias le granjeó el apodo de 'Camarada Conde', siendo uno de los pocos aristócratas a los que se les permitió el uso de sus títulos nobiliarios, incluso durante el estalinismo. Parece que de casta le viene al galgo, en la historia se cita a un bisabuelo que huyó de su ruina y de la familia y envió una nota enigmática, maravillosa: «buscando la paz en la sabiduría, he encontrado el olvido en la naturaleza».

Esta novela canónica entre las de aprendizaje se la dedica a su hijo, del mismo nombre del protagonista, y tiene un aire, aunque en otro orden de cosas y sin cargar tanto las tintas, en la oposición campo bucólico/ciudad amenazante, a 'El camino' de Delibes. Sobre todo, en cuanto al tono levemente poético, desde el impropio lírico de la escena inicial: las formas caprichosas del hielo, su huella en las ventanas de un día de sol gélido mientras el niño piensa ilusionado en el trineo infantil que le espera, recién tallado y barnizado por un carpintero tuerto. Luego, este lirismo liviano se despliega en escenas costumbristas, domésticas y de ferias, en los animales hogareños, el canto de los pájaros, las labores campesinas y el impresionismo paisajístico en general.

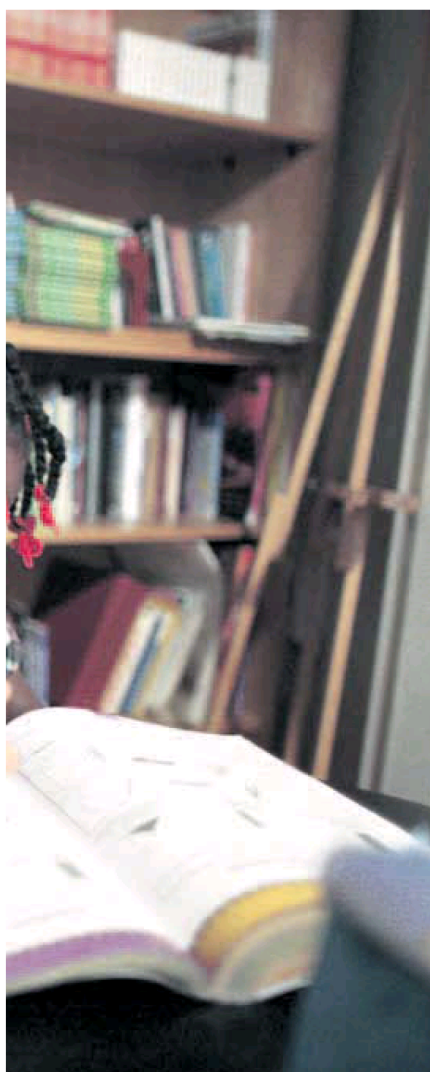
Contiene todos los ritos de paso precisos para comprender que el misterio del mundo es tan grande que nunca nos será revelado: el primer embeleso para amar y sentirse amado, los complejos vínculos con los padres, los pinitos poéticos y de equitación, incluso el desasosiego interior y la sombra del tedio vital. Poco ayuda en estos trances el tutor, un maestro tan entusiasta que a veces resulta insufrible.

Según han evolucionado las cosas en Occidente –recuerdo la definición de 'Adolescencia' de Rafael Argullol en su magnífico 'Breviario de la aurora' (Acanalado): «Edad inexistente en las culturas sanas convertida en permanente por las enfermas»–, con el narcisismo banal inculcado en internet campando a sus anchas, habría que retrasar y mucho la edad en la que un personaje capitaliza una novela de aprendizaje.



Aprendizajes

Entre textos de iniciación



UN ÁNGULO
ME BASTA
FERMÍN HERRERO



Una tutora da clase a una niña indigente en un barrio de Los Ángeles (EE UU).
:: LUCY NICHOLSON-REUTERS

Hemon desmonta mediante lo burlesco la estupidez galopante del estilo de vida USA, que es el nuestro

El canto entero del poema de César Simón desprende un aroma fino, intenso, a romero, salvia y tomillo, esencial

je. Si a principios del XIX Nikita es un niño, un siglo después Josh Levin es un aprendiz de guionista ya treintañero que aún no se ha topado con las piedras de toque de la madurez en 'Cómo se hizo La guerra de los zombies' (Libros del Asteroide) de Aleksandar Hemon, autor bosnio de padre ucraniano y madre serbia que al estallar la guerra de los Balcanes estaba en Chicago, donde se quedó y transcurre la obra.

De hecho, la obertura de la narración son tres ideas boceto para un guion de ciencia-ficción apocalíptica, otro de secretos nucleares y uno de joven incomprendido que fracasa como DJ, de apellido artístico Spin, de Spinoza, y de nombre, claro, Banuch. Luego, mientras la invasión de muertos vivientes de su sesera avanza por las páginas, infectándolas hasta apoderarse de la ficción, el protagonista tiene que enfrentarse a la hora de la verdad e intentar mostrarse, en vano, como un adulto y olvidar al eterno adolescente en piso de soltero de alquiler, en un mundo de locos, de figurantes estafalarios y tocados del ala, con su casero exmarina a la cabeza, más su excuñado, el marido de su amante... entretanto, sus problemas con las mujeres que tal vez conduzcan al cabo a su perdición: una inquietante japonesa, psicóloga infantil, «sensual amante zen» y una refugiada bosnia noqueada por la guerra y con hija problemática.

Se nota que es un narrador balcánico: la escritura es como nerviosa, trepidante y muy cinematográfica; el argumento, desaforado, una comedia de humor ocurrente y desmadrado, a veces grosero, que amenaza muy pronto con degenerar, a causa de la violencia, en tragedia. Las observaciones muy agudas de gestos y maneras desmontan, mediante lo burlesco, la estupidez galopante, que es la nues-

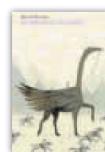
tra, del estilo de vida norteamericano: aventura, por caso, que los últimos presidentes han triunfado por tener apellidos simples, de tal manera que los votantes son capaces de memorizarlos. Así que, ojo a Trump. Si bien, Hemon desliza alusiones cultas ('Anna Karenina' o 'La tierra baldía') y motea el texto de sentencias filosóficas lapidarias, al hilo de Spinoza, como aviso para navegantes. Y es que «cada persona es la primera persona».

Por fin tengo en mis manos la 'Poesía completa' (Pre-textos) de César Simón, que ha sido injustamente postergado de la nómina del grupo de los cincuenta, tal vez por ser algo más joven y haber publicado tardíamente o por estar a lo suyo en la provincia y cuya lectura debería ser de enseñanza obligatoria para todo aspirante a versificador. A mí me ha parecido de siempre un escritor decisivo de esa época, uno de los imprescindibles, y, desde luego, un poeta no se mide ni por asomo por el número de lectores sino por la calidad de quienes se rinden a su expresión verdadera, de haberla.

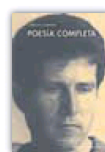
A este respecto la edición aporta los testimonios inequívocos, por caso de Francisco Brines o de Antonio Cabrería. En el volumen se incluye, junto a varios apéndices con textos excluidos o no recogidos en sus publicaciones, 'El pretexto y el fervor', libro inédito, pasional y apasionado, un tanto excéntrico a la métrica de su poética, que Vicente Gallego ha 'expurgado' siguiendo al parecer las indicaciones en vida del autor. Aun así, pese a justificarlo a las claras, con conocimiento de causa y las mejores intenciones, no me parece en modo alguno labor pertinente.

Simón fue un hombre que, como señala de entrada el prologuista de lujo, el a su vez magnífico poeta Gallego, que luego desgrana con hondura no exenta de admiración la «vida secreta» de su persona y las claves líricas de su dicción «abrasada, seca, vibrante», volcó toda su biografía en sus vivencias, esto es, en su poesía, indisolublemente unida a «la soledad, los caminos y el silencio» en las alturas físicas y metafísicas del monte estragado donde levantara casa y despojado beatús ille particular.

El canto entero de este poeta desprende un aroma fino, intenso, honrado, a romero, salvia y tomillo, es intensamente mediterráneo, de un seco devastador, esencial, en el fulgor ardiente del mediodía; está tallado en el cristal puro, durísimo, de esta certeza sustancial, definitiva: «lo mío es la extrañeza del ser». Por tanto, presenta un cariz ontológico, envaseado un poco a lo Heidegger, que determi-



LA INFANCIA DE NIKITA
Alexei Tolstói, Ardicia,
212 pp., 17,90 €.



POESÍA COMPLETA
César Simón, Pre-textos,
456 pp., 30 €.



LAS TRANSICIONES
Vicente Valero, Periferia,
120 pp., 15 €.



CÓMO SE HIZO LA GUERRA DE LOS ZOMBIS
Aleksandar Hemon, Libros del
Asteroide, 336 pp., 23,95 €.

na su constante abstracción metafísica, su dificultad de lectura, no por un hermetismo fácil, sino por la búsqueda de una dilucidación inefable, luego imposible. Si bien, cabría tal vez matizar que a su poesía, por poner un pero, le faltó, manteniendo la hondura de significado, el paso de intentar avecinar esos abismos, en la medida de lo posible, con lo comunicable, mediante una expresión más aclarada, menos compleja. Pero, claro, esto sería la cuadratura del círculo, sólo al alcance, si acaso, de unos pocos elegidos.

El poeta Vicente Valero, que seguramente ha aprendido lo suyo de la poesía simoniana, ensaya la novelle de iniciación, con protagonistas desmoralizados de la edad del de Hemon, atrapados en una farra posterior al entierro de un compañero, en 'Las transiciones' (Periferia). La pluralidad del título nos conduce también al periodo histórico que sucedió a la muerte de Franco y trajo la democracia, en el que parte de nuestra generación sucumbió a la vorágine autodestructiva de las drogas.

Valero es dueño de una prosa delicada, concebida a tramos como reminiscencia o como introspección, de una sencillez precisa en extremo. A este respecto es harto sintomático el autor elegido para la cita inicial: el gran escritor francés Christian Bobin, poco conocido en nuestro país. Las palabras de Bobin ensalzan «la niñez eterna» y de hecho el paso de la infancia a la pubertad ocupa el centro del argumento, que rememora episodios decisivos, a veces traumáticos: refriegas de pandilla, escarceos sentimentales, faenas escolares, los primeros cigarrillos, las revistas guarra... siempre bajo la premisa de que «tienen algo de dioses los niños antes de hacerse hombres».

Apetece tenderse al sol con los cuatro amigos del alma en las playas ibicencas. O quizá mejor refrescarse con Nikita, dejando atrás el aroma dulzón de las manzanas extendidas en el suelo, en la mañana heladora y pura, casi inaugural, en un invierno de mucha nieve, con su trineo de madera de pino, entre los enormes ventisqueros, los árboles desnudos y blanquecinos moteados de coquejas, las isbas dispersas y lejanas... Mientras hilvanaba malamente estas glosas he estado escuchando, como hago a menudo, la 'Sonata Kreutzer' de Beethoven, el violín sublime de Anne-Sophie Mutter, que tantas veces me ha conmovido. Hora es, como dijera con mucha propiedad César Simón, de «dejar esa bella semivivencia que es la música y entregarse a la verdad entera, que es el silencio».